

Domingo XVIII. (C) EL SENTIDO DE LO PROVISIONAL Y LO DEFINITIVO

- I. *Felipe Fernández Caballero*
- II. *Guía para lectura y predicación del CEC (SEC)*
- III. *Sagrada Congregación para el Clero*
- IV. *Radio Vaticano*

TEMA GENERAL

El hombre que busca los bienes de arriba concibe su actividad en el mundo como una participación de la obra creadora de Dios. En vez de amasar riquezas para sí llevado por la codicia, procura compartirlas con los demás para ser rico ante Dios.

LECTURAS

1. ¿Qué saca el hombre de todo su trabajo?

Qo 1,2; 2,21-23:

La escucha de esta reflexión bíblica, podría llevarnos a pensar que hay que desentenderse del trabajo y del progreso. Lo que se propone en realidad es una valoración equilibrada del mismo. El trabajo no debe serlo todo en nuestra vida. Solo vale atesorar la riqueza que perdura para siempre.

La primera lectura de hoy tiene como tema común con el evangelio la riqueza adquirida con el trabajo, con esta enseñanza: que «la vida de un hombre no depende de sus riquezas». Pero el rico de la parábola es un loco, mientras que Qohélet es un sabio: aconseja, desde luego, «comer, beber y trabajar» (2,24), pero sin olvidar nunca que la muerte está en el horizonte y que entonces cada uno tendrá que rendir cuentas (11,9).

El sabio que escribe este libro, alrededor del 250 a.C., en una ficción literaria ocupa el lugar de Salomón que hace el balance de su vida (1,12). Cohélet lo emplea para emitir su veredicto sobre toda pretensión y actividad humana: ¿qué provecho saca el hombre de todos los afanes que persigue?, ¿qué queda de una vida gloriosa y cumplida?, ¿para qué penar tanto para amasar riquezas, ya que la muerte hace que dejemos todo? Incluso durante la vida, el éxito no recompensa forzosamente a los que trabajan duramente. El poner todo en el trabajo y el beneficio, como un fin en sí mismo, no puede hacer olvidar la fragilidad de la condición humana (*Salmo 89*).

La anterior reflexión, de corte pesimista, podría llevarnos a pensar que hay que desentenderse del trabajo y del progreso, lo que sería comprender mal el pensamiento del autor. Lo que propone en realidad es una valoración equilibrada del mismo. El trabajo no debe serlo todo en nuestra vida, que debe estar, ante todo, orientada hacia Dios.

2. Buscad los bienes de arriba

(Col 3, 1-5.9-11)

La actitud equilibrada del cristiano de hoy y de siempre, le viene dictada por la nueva realidad que ha surgido en él con su bautismo. Resucitado con Cristo, debe buscar los bienes de arriba. Ahí reside el sentido de su vida

El cristiano es un hombre nuevo, rehecho sin cesar por el Creador a su imagen y semejanza para irle conduciendo al verdadero conocimiento.

Si hay que hacer desaparecer lo vicios que S. Pablo enumera, entre los que subraya el deseo de placer y el culto a los ídolos, es para lograr el conocimiento verdadero que conduce a la gloria. Buscar las realidades de arriba no es únicamente un consejo moralizante del Apóstol, sino una consecuencia de toda una ontología nueva: pertenecemos al Reino de arriba; es por tanto normal que estemos libres de las convulsiones y preocupaciones del hombre viejo.

Buscar las cosas de arriba, aspirar a ellas, no es evadirse de las realidades terrenas no es cerrar los ojos a la adversidad y sufrimientos del presente. Cuando no hay separación entre fe y vida entramos en el mundo nuevo inaugurado por Cristo. Hacer morir al hombre viejo y revestirse del nuevo es participar en el misterio pascual de Cristo.

Evangelio. Lo que has acumulado ¿de quién será?

Lc12,13-21:

El rico de esta parábola propia de Lucas no se interroga sobre su vida; no piensa más que en invertir y en engrandecerse. Se cree inmortal, y su único fin es descansar, comer y beber. Pero la muerte y, por lo tanto, el juicio vienen a detener esta carrera en acaparar beneficios. Y Jesús, el verdadero sabio, le hace la pregunta: «¿Para quién va a ser todo lo que has acaparado?»

El discípulo de Jesús debe adoptar la debida posición frente a los bienes de la tierra. Jesús se niega a hacer de árbitro en una cuestión de repartición de herencia (12,13-14), pone en guardia contra la avidez y la codicia (12,15) y con una parábola muestra_ cómo se asegura verdaderamente la vida (12, 16-21).

Jesús se niega a intervenir para poner orden en las condiciones perturbadas de este mundo y a decidir con su autoridad en favor de éste o de otro orden social. Su misión, y la conciencia de su vocación que le da la voluntad de Dios, la dejó bien establecida reiteradamente al comienzo de su actividad en Nazaret. Ha sido enviado para anunciar a los pobres el Evangelio, para traer al mundo la vida divina.

Toda ansia de aumentar los bienes la enjuicia como un peligro: descubre la ilusión de creer que la vida se asegura con los bienes o con la abundancia de los mismos. La vida es un don de Dios, no es fruto de la posesión de la riqueza.

Con un ejemplo, Jesús presenta gráficamente lo que se ha expresado anteriormente: la vida no se asegura con los bienes. El rico labrador revela su ideal de vida en el diálogo que entabla consigo mismo: vivir es disfrutar de la vida: *comer, beber y pasarlo bien*; vivir es disponer de una larga vida asegurada. ¿Cómo puede alcanzarse este ideal de vida? *Almacenaré*: hay que asegurar el porvenir. El hombre es *insensato* si piensa así, como si la seguridad de su vida estuviera en su mano o en sus posesiones. La muerte pone al descubierto que la vida no se asegura con la propiedad. *Te van a reclamar tu alma*: los ángeles de la muerte, Satán por encargo de Dios. ¡*Esta misma noche!*: el rico había contado con muchos años...

La riqueza que el hombre acumula para sí, con la que quiere asegurarse la existencia terrena, no le aprovecha nada. Sólo el que se hace rico ante Dios, el que acumula tesoros que Dios reconoce como verdadera riqueza del hombre, saca provecho. El querer el hombre asegurar nerviosamente su vida por sí mismo lleva a perder la vida; sólo la entrega a Dios y a su voluntad la preserva.

HOMILÍA

El evangelio de hoy hace referencia a un hecho frecuente: un litigio familiar por cuestiones de herencia.

Lo sabemos de sobra. Hay herencias que no enriquecen, que sólo traen vacío y desolación. Dineros y ambiciones acaban frecuentemente con algo que es más valioso que todo el oro del mundo: la armonía y la unidad de la vida familiar. ¡Cuántas familias conocemos divididas, rotas, por causa de la herencia!

Jesús no entra en la disputa, pero formula una norma fundamental en relación con los bienes económicos: “*Guardaos de toda clase de codicia; pues aunque uno ande sobrado, la vida no depende de los bienes*”. Y, a continuación, propone una parábola, que viene a ser como una versión narrativa de esta otra afirmación evangélica: *“¿De qué le sirve al hombre ganar todo el mundo si se pierde a sí mismo?”*

Codicia, dice el diccionario, es “apetito desordenado de riquezas”. Es hacer de la posesión de bienes materiales el valor absoluto de la existencia. Este anhelo es insaciable, todo nos parece poco. Desde este afán de riquezas organizamos nuestra vida: tiempo, familia, amistades, trabajo, la misma vida religiosa, todo está en función de acumular más y más.

El ambicioso de bienes materiales sufre un grave error de perspectiva. El único valor absoluto del hombre es la búsqueda del Reino de Dios y de su justicia... y todo lo demás se le dará por añadidura. ¿Dónde queda Dios para el que actúa de aquella manera? Con razón dice San Pablo que la codicia es una idolatría. ¿Dónde está, además, el verdadero sentido de la vida para quien no es capaz de advertir que su existencia terrena sólo tiene carácter transitorio? ¿Qué saca un hombre así “*de todos los trabajos y preocupaciones que lo fatigan bajo el sol? De día su tarea es sufrir y penar, de noche no descansa su mente. Todo esto es vanidad*”

El salmo que hemos recitado insiste en la fugacidad de las cosas de esta vida: “*mil años en tu presencia son un ayer que pasó*”; somos como “*la hierba que florece por la mañana y por la tarde se seca*”. Hay, por tanto, que “*saber calcular nuestros años para que adquiramos un corazón sensato*”

Al hombre rico de la parábola, símbolo del ser humano obsesionado por el tener, Jesús lo califica de “necio”. ¿Por qué? No por haber trabajado “con sabiduría, ciencia y acierto” y haber tenido una buena cosecha, ni por haberse preocupado de asegurar su futuro, sino porque no tuvo otra preocupación que él mismo: mi cosecha, mis graneros, mis bienes, mis años. “*Túmbate, come, bebe y date buena vida*”. No hay el menor atisbo de consideración de los problemas, la situación y las necesidades de los demás. Se cerró en sí mismo. Por eso “*amasó riquezas para sí y no fue rico ante Dios*”.

Pablo, en la segunda lectura, se dirige hoy a nosotros, los bautizados: “*Ya que habéis resucitado con Cristo, buscad los bienes de allá arriba, aspirad a los bienes de arriba, no a los de la tierra*”. “*Dad muerte a la codicia, que es una idolatría*”. Despojaos del hombre viejo, y trabajad por un orden nuevo donde todos los hombres sean reconocidos como imágenes del Creador, hermanos, e iguales en dignidad y derechos.

O bien:

Comentario al texto evangélico

II. Guía para lectura y predicación del CEC (SEC)

LA FE DE LA IGLESIA

En materia económica el respeto de la dignidad humana exige la práctica de la virtud de la templanza, para moderar el apego a los bienes de este mundo; de la justicia, para preservar los derechos del prójimo y darle lo que le es debido; y de la solidaridad, siguiendo la regla de oro y según la generosidad del Señor que «siendo rico, por vosotros se hizo pobre a fin de que os enriqueciérais con su pobreza» (2 Co 8,9) (2407).

«Los bienes de la creación están destinados a todo el género humano. El derecho a la propiedad privada no anula el destino universal de los bienes» (2452).

TESTIMONIO CRISTIANO

«Cuando damos a los pobres las cosas indispensables no les hacemos liberalidades personales, sino que les devolvemos lo que es suyo. Más que realizar un acto de caridad, lo que hacemos es cumplir un deber de justicia» (S. Gregorio Magno) (2446).

«El hombre, al servirse de esos bienes, debe considerar las cosas externas que posee legítimamente no sólo como suyas, sino también como comunes, en el sentido de que han de aprovechar no sólo a él, sino también a los demás» (Vaticano II, GS, 69) (2404).

SUGERENCIAS PARA EL ESTUDIO DE LA HOMILÍA

A. Apunte bíblico-litúrgico

El libro del Eclesiastés recoge las enseñanzas de los antiguos sabios de Israel sobre la inutilidad de las riquezas materiales cuando se confía totalmente en ellas. Jesús desarrolla una catequesis acerca del uso de los bienes materiales, a partir de una pregunta sobre un pleito de herencia.

Llega a su fin la lectura de la carta a los Colosenses: el Bautismo es el principio de una vida nueva que compromete a seguir una conducta pura, digna de ser vivida en Cristo resucitado.

B. Contenidos del Catecismo de la Iglesia Católica

La fe:

El destino universal de los bienes: 2402-2406.

La doctrina social de la Iglesia: 2419-2425.

La respuesta:

El respeto de las personas y sus bienes: 2407-2418.

La actividad económica y la justicia social: 2426-2436.

C. Otras sugerencias

A Jesús se le pone como juez de un pleito de herencia para repartir los bienes. Ante el Señor hemos de plantearnos el lugar que tienen los bienes materiales y la actividad económica en nuestra vida: la avaricia y codicia por ellos, las justas relaciones laborales, el uso de los bienes comunes, el abuso de los bienes propios...

Los bienes materiales son un medio para vivir con dignidad, nunca un fin en sí mismos. El Evangelio, como la primera lectura, relativizan su importancia. En nuestra vida y en nuestra sociedad se absolutizan.

El dinero y el «tener», que es bueno y necesario para la dignidad de la persona, puede, sin embargo, convertirse en un ídolo. Solo Dios es el origen y meta de todo lo que hacemos y queremos en la vida.

III: Sagrada Congregación para el Clero

NEXO ENTRE LAS LECTURAS

Los textos litúrgicos de este domingo nos proponen dos modos de vivir y estar en el mundo. Está el modo de vivir del hombre viejo y está el propio del hombre nuevo (segunda lectura), existe el hombre que busca las cosas de la tierra y el que busca las cosas del cielo (segunda lectura), aquél para quien todas las cosas son vanidad y para quien todo es providencia de Dios (primera lectura). El evangelio, por su parte, opone la vida de quien cifra todo en el tener, y atesora riquezas para sí, y la vida de quien funda su existencia en el ser, y atesora riquezas delante de Dios.

MENSAJE DOCTRINAL

Vivir para sí.

Es un modo de estar en el mundo, de realizar la existencia en el arco de años entre el nacimiento y la muerte. Es un modo de pensar, de actuar, de relacionarse con los hombres y con las cosas. El punto de referencia de todo es el yo. El saber, el trabajo, el esfuerzo con sus buenos resultados aparecen, ante el yo, caducos y vanos. Si el hombre es un ser abocado al morir, ¿a qué le sirve su saber, su trabajo, si no puede vencer su destino mortal, su inmersión en la nada? Todo es vanidad, humo que se lleva el viento. Cuando el yo es el centro de la vida, tenemos al hombre viejo, incapaz por sí mismo de salir de la tiniebla de su hermetismo, cada vez más sumergido en el fondo del vicio y del pecado, con la mirada cada vez más puesta en las cosas de la tierra sin la posibilidad de alzarla hacia las alturas. Hombre viejo, porque en cierta manera repite en su vida la historia antiquísima del primer Adán, del gusto del pecado y de la caída original. Por otra parte, el yo es sumamente pobre dejado en sus propias manos, porque privilegia el tener y el aparecer. ¿Hay algo más efímero y lábil que esas dos realidades? ¿Cómo se puede fundar una existencia sobre algo que hoy es y mañana desaparece? ¿Cómo se puede mirar de frente a la muerte, cuando los grandes valores que han regido la vida han sido los bienes materiales y las apariencias, a quienes está prohibido pasar el umbral del más allá? Con razón se puede aplicar a quien vive para sí las palabras de Jesús en la parábola

del texto evangélico: "¡Insensato! Esta misma noche te reclamarán el alma. Las cosas que has acumulado, ¿para quién serán?". Así es quien atesora riquezas para sí, quien centra en sí su propio vivir y actuar entre los hombres.

Vivir delante de Dios.

Dios no es, a decir verdad, el antagonista del yo, de la realización personal. ¡De ninguna manera! Pero la sabiduría eterna nos enseña que la propia realización consiste y se lleva a cabo por el camino del vivir para Dios, de vivir a los ojos de Dios. El trabajo y el saber, a los ojos de Dios, tienen un sentido y un destino providenciales, más allá de los límites de la esfera mundana. Todo lo que uno hace por Dios en este mundo lo trasciende y habita, purificado y elevado, en la eterna morada de Dios. Vive ante Dios y para Dios el hombre nuevo, que ha sido rehecho por Cristo mediante el bautismo a su imagen y semejanza, que ha sido circuncidado no en su carne sino en su corazón, y viviendo delante de Dios vive sin miedo a la muerte, que considera, más que un final absurdo y sin sentido, una puerta a una existencia nueva de la que ya se participa, aunque sea de modo muy pobre y elemental. Por eso, el hombre nuevo tiene los pies bien puestos en la tierra y en los quehaceres de este mundo, pero su mirada y su corazón están puestos arriba, en el cielo, hacia donde camina con confianza y esperanza. Quien vive para Dios no se enajena del mundo, no lo desprecia ni lo odia, porque es la casa que el Padre le ha dado para que en ella habite. Trabaja como todos los demás, gasta sus fuerzas para producir riqueza, pero tiene un corazón puro y desprendido y sabe muy bien que los bienes de este mundo tienen un destino universal, y no pueden ser injustamente acaparados en pocas manos. En vez de decirse a sí mismo: "Descansa, come, bebe, banquetea", piensa más bien en cómo ayudar para que los hombres todos, sobre todo quienes están más cerca de su vida, tengan su oportuno descanso, dispongan de alimentos y puedan sanamente disfrutar de lo necesario para un banquete de fiesta.

SUGERENCIAS PASTORALES

El homo oeconomicus no tiene futuro.

Solemos con frecuencia clasificar al hombre según algún aspecto que lo caracteriza. Así, por ejemplo, se habla de "homo faber" para subrayar su capacidad manual, u "homo cogitans" para resaltar su vocación de pensador. Con la expresión "homo oeconomicus" se pone de relieve el tipo de hombre centrado en el dinero y en el bienestar. Pues bien, hemos de afirmar que este hombre carece de futuro. Hay gente que dice: "Con el dinero puedes hacer todo lo que quieras; abre todas las puertas". No es verdad. Con dinero no puedes comprar la felicidad, aunque a ratos te pueda hacer feliz. Con dinero no puedes comprar el amor, a lo más una noche de pasión o un amorío efímero y frustrante. El dinero no te hace virtuoso, más bien abre con no poca frecuencia la puerta alantro del vicio. Lo reconocemos o no, todos pretendemos un futuro más feliz, pero ese futuro no lo encontrarás en una cuenta bancaria boyante. Lo encontrarás dentro de ti, en el sagrario de tu conciencia, en la paz interior ante ti mismo y ante Dios. Sobre todo, no tiene futuro, porque el "homo oeconomicus" no es ciudadano del cielo, le falta el pasaporte y ante la muerte y el juicio de Dios la cuenta bancaria no cuenta para nada. ¿Por qué no cambiar el "homo oeconomicus" en "homo pneumaticus", en hombre iluminado, guiado y configurado por la acción del Espíritu Santo? No es fácil, pero es posible, deseable. Son muchos quienes lo han hecho. Inténtalo, si no lo has hecho todavía. Invita a otros a intentarlo.

¿Tiene sentido cambiar de sentido?

Los dos modos de vivir de que hemos hablado son como una autopista, con las dos vías separadas, sin posibilidad de maniobra para cambiar de dirección cuando uno quiera. Unos carriles van sólo en una dirección y otros en la dirección contraria. Esto da mucha

mayor seguridad a los conductores, hace más fácil y menos cansado el conducir, se puede ir a mayor velocidad... se viaja a gusto en general, aunque habrá que tener cuidado en las curvas, no excederse en la velocidad, no dejarse vencer por la fatiga. Avanzo, progreso hacia Babilonia, veo que no voy solo sino que muchos van por la misma dirección que yo. Pienso que he elegido bien la ciudad de mis sueños y que será una gozada vivir en ella, con gente per bene. De vez en cuando observo que hay un letrero en el que está escrito: "cambio de sentido". He visto que alguno que otro ha dejado la pista y ha buscado cambiar de dirección. Mi primera reacción ha sido: "¡Pero qué tonto! ¿Tiene sentido cambiar de sentido?", y he seguido adelante. Luego, ante otros letreros iguales, o en momentos inesperados, me ha venido la imagen de quienes salían de la autopista. ¿Por qué lo harán? ¿Será gente rara? ¿Pensarán que se han equivocado de dirección? ¿Habrán comprendido que Babilonia no es una isla de felicidad? La verdad es que la espinita de la duda se me ha clavado dentro. ¿Qué hacer? Te animo a cambiar de dirección, a tomar el carril que se dirige a Jerusalén; a hacerlo en el próximo cambio de sentido, sin esperar al último... No creas que son pocos los que van en esa dirección. Al cambiar de sentido, te darás cuenta de que el tráfico es también intenso. ¡Jerusalén, la ciudad del gran Dios! ¡Jerusalén, la ciudad en que Jesucristo dio su vida por nosotros! ¡Jerusalén, la ciudad de los hijos de Dios! ¡Jerusalén, símbolo de verdad y de justicia, símbolo de amor y solidaridad! ¡Jerusalén, la ciudad fundada por Dios para que tú habites en ella!

IV Radio Vaticano

El hombre de los graneros llenos

Recuerdan la sabia pero escéptica frase "Vanidad de vanidades, todo es vanidad". La encontramos en las lecturas de este domingo 18 del tiempo ordinario, en el libro del Eclesiastés. Y justamente el libro empieza con esa frase, a la que sigue "¿Qué saca el hombre de toda la fatiga con que se afana bajo el sol?". Pregunta demoledora para quien se la tome en serio; refleja una experiencia de la vaciedad de las cosas de abajo que a muchos les ha provocado la conversión hacia las cosas de arriba. Nos afanamos tanto por tener, por poseer cosas y bienes que cuando nos damos cuenta hemos de dejarlas porque nos ha llegado la hora de la muerte. ¿Y todo esto para qué? En el capítulo segundo de este mismo libro sapiencial de la Biblia leemos: "Pues ¿qué le queda a aquel hombre de toda su fatiga y esfuerzo con que se fatigó bajo el sol?

Para la sabiduría humana el objetivo último es escudriñar el universo y sacar partido o beneficios a las riquezas que esconde. Esto ha posibilitado el desarrollo y la prosperidad de los pueblos, hasta llegar a la Luna o a Marte. La pega que tiene esta sabiduría es que no se preocupa de que esos beneficios extraídos de la Tierra se repartan entre todos sus habitantes, y lo que podía ser bueno se convierte en objeto de discordia y de guerra. Es una sabiduría, la de la razón, la de la ciencia, que ve frustrado su objetivo, porque no ayuda a que los hombres seamos más humanos; pensemos en la bomba atómica y su efecto en Hiroshima.

Por eso el filósofo, o tal vez teólogo, de la Biblia, el Eclesiastés, se pregunta si vale la pena fatigarse tanto para acabar en el hoyo. Digo que tal vez sea teólogo, aunque no lo parece, porque después de dedicar 12 capítulos en este libro bíblico, acaba diciendo: "Componer muchos libros es nunca acabar, y estudiar demasiado daña la salud. Basta de palabras. Todo está dicho. Teme a Dios y guarda sus mandamientos, que eso es ser hombre cabal". Esto sí, esto nos suena a sabiduría de la buena. Si comenzó hablando de la vaciedad de las cosas de abajo acaba orientándonos hacia las cosas de arriba.

Esto es lo que nos propone San Pablo en la segunda lectura, el gran convertido: hemos de buscar lo que buscó Cristo, las cosas de arriba, las cosas de dentro donde está nuestra verdadera riqueza, las cosas a las que aspiramos desde el corazón. Hay que vivir muriendo a lo terrenal, despojarse del “hombre viejo”. Lo dice mejor el Apóstol: “Despojaos de la vieja condición humana, con sus obras, y revestíos de la nueva condición, que se va renovando como imagen de su Creador, hasta llegar a conocerlo. En este orden nuevo no hay distinción entre judíos y gentiles, circuncisos e incircuncisos, esclavos y libres, sino que Cristo es la síntesis de todo y está en todos”.

Hemos hablado de sabiduría humana y sabiduría divina pero nos habíamos olvidado del hombre de los graneros. Es el retratado por Cristo en la parábola del hombre rico que tuvo una gran cosecha. Podríamos traducir hoy por el hombre afortunado en la ruleta, en la lotería, que después de haberle caído la suerte del dinero, se duerme en él, como si fuera su salvación para siempre y sólo duró unas horas. Por la noche de ese mismo día se murió.

El hombre de los graneros llenos puede ser el de las grandes fortunas, de los que hay pocos en este mundo, o puede ser el de los pequeños ahorros que, siendo tan pobre, tiene puesta su esperanza en ahorrar más. Ya decía el gran Séneca, el tutor de Nerón, “No es pobre el que tiene poco, sino el que mucho desea”. Bien, pues a estos se refiere Jesús en el evangelio de este domingo. Cuenta la parábola del rico del hombre de los graneros llenos con motivo de la interpelación que le hizo un del público: “Maestro, dile a mi hermano que reparta la herencia conmigo”, y Jesús respondió: “¿Quién me ha nombrado juez o árbitro entre vosotros? Y dijo a la gente: guardaos toda clase de codicia...”

Jesús quiere ir a la raíz del problema, el problema que está en el corazón del ser humano y que le impide mirar hacia las cosas de arriba, las que le permitirían crecer y disfrutar con lo verdaderamente humano, hasta renovar nuestra vieja condición humana en la nueva, la que es imagen de nuestro Creador.

Muertos y resucitados con Cristo debemos buscar la vida que Cristo buscó, y aunque ya la llevamos dentro por el bautismo, está como recién sembrada, escondida en Dios. Esa vida es la que no se arruga con el paso del tiempo, ni la polilla la puede corroer, porque es la vida misma de Dios por el Espíritu que se nos ha dado.